La traducción y sus metáforas. La torre de Babel

Lourdes PÉREZ GONZÁLEZ
Universidad de Oviedo

La traduction ouvre la fenêtre afin de laisser entrer le jour, brise la coquille pour qu'on puisse goûter le fruit, écarte le rideau afin qu'on puisse plonger le regard dans l'endroit le plus saint, repousse le couvercle du puits afin qu'on puisse atteindre l'eau, tout comme Jacob repoussa la pierre qui obstruait le puits afin d'abreuver les moutons de Laban.

Les traducteurs
de la Bible
du Roi Jacques

Siempre, al menos en mi caso, se produce un desfase entre lo que quiero decir y lo que puedo llegar a decir. El propósito de esta comunicación, como consta en el resumen, era pasar revista a algunas de las metáforas –entendidas como traducción de una realidad percibida de un modo que no es fácil expresar por los medios habituales y que requiere para ser manifestada una interpretación subjetiva o, en palabras de M. Moliner : «Tropo que consiste en usar las palabras con sentido distinto del que tienen propiamente, pero que guarda con éste una relación descubierta por la imaginación» (Moliner 1983, p. 402)– que jalonan el devenir de la traducción y, a partir de su análisis, intentar desvelar algunos problemas de la traducción, tanto teóricos como prácticos, que fueron los generadores de esas metáforas, precisamente, entiendo yo, por la imposibilidad, al menos en el momento en que surgieron, de poder formularlos de una manera científica y definitiva.

Pero, y aquí radica mi desfase, al elegir como punto de partida el tema de Babel («Babel: del nombre de la torre de que se habla en la Biblia, se aplica a un lugar donde hay gran confusión o desorden o donde hablan muchos sin entenderse.» Moliner 1983, p. 325) para entroncar con la necesidad de comunicación, se me plantearon dos interrogantes que, por sí mismos, ocuparon todo la comunicación sin, por ello, haber sido en absoluto exhaustiva.

Estos dos interrogantes: ¿cuántas babeles existen en la actualidad y acaban cumpliendo sus objetivos? o, por el contrario ¿en cuántas ocasiones el manejar un mismo idioma no es garantía de éxito? fueron los que limitaron tan radicalmente mi planteamiento inicial sobre varias metáforas. Pido, pues,

Emilia Alonso et al (eds.), La lingüística francesa: gramática, historia, epistemología, Tomo II, Sevilla, 1996

disculpas por la falta de adecuación del título a la comunicación, pero la fuerza de estos dos interrogantes pudo con mis buenos propósitos.

Y, para entrar en materia, recordemos el pasaje bíblico:

> Todo el mundo era del mismo lenguaje e idénticas palabras. Al desplazarse la humanidad desde oriente, hallaron una vega en el país de Senaar y allí se establecieron. Entonces se dijeron el uno al otro: Ea, vamos a fabricar ladrillos y a cocerlos al fuego. Así el ladrillo les servía de piedra y el betún de argamasa. Después dijeron: Ea, vamos a edificarnos una ciudad y una torre con la cúspide en los cielos y hagámonos famosos, por si nos desperdigamos por la haz de la tierra.
>
> Bajó Yahveh a ver la ciudad y la torre que habían edificado los humanos y dijo Yahveh: He aquí que todos son un solo pueblo con un mismo lenguaje y este es el comienzo de su obra. Ahora nada de cuanto se propongan les será imposible. Ea, pues, bajemos y una vez allí confundamos su lenguaje, de modo que no entienda cada cual el de su prójimo. Y desde aquel punto los desperdigó Yahveh por toda la haz de la tierra y dejaron de edificar la ciudad. Por eso se la llamó Babel, porque allí embrolló Yahveh el lenguaje de todo el mundo, y desde allí los desperdigó Yahveh por toda la haz de la tierra (Génesis 10, 1-9)

Este pasaje bíblico, que siempre sirvió para explicar la multiplicidad de lenguas humanas, castigo a un pecado de soberbia de la humanidad, nos va a servir para analizar y explicarnos otras cosas.

No es que queramos cuestionar, Dios nos libre, la interpretación ancestral del mito de Babel y de su consecuente metáfora, sino que, analizándola desde distintas ópticas, pretendemos desgajar de ella algunas cuestiones sobre la traducción.

Babel y sus efectos me sugieren una reflexión que se podría articular en dos epígrafes generales:

1.- Si Babel no hubiera existido, ¿todos nos entenderíamos por igual o las variables espacio-temporales influirían modificando significados dentro de la hipotética misma lengua, de modo que seguiría siendo necesaria de alguna manera la traducción?

Dicho de otro modo ¿cuál es el peso de las especificidades socio-culturales en el marco de la comunicación?

2.- La multiplicidad de lenguajes entre personas ocupadas en un quehacer común y previamente conocido ¿necesariamente supone un fracaso, una imposibilidad?

Dicho de otro modo ¿cuál es el peso de la traducción en un ámbito limitado, restringido y caracterizado por sus fines específicos?

Analicemos en primer lugar la necesidad de traducción:

Partiremos de que la traducción forma parte del proceso comunicativo, en el sentido de que no todos los mensajes comunican de igual modo (es decir, no todos los mensajes son comprendidos por el receptor y/o no todos los mensajes, caso de ser comprendidos, son comprendidos del mismo modo por distintos receptores); la traducción, entonces, sería lo que permite restituir el componente comunicativo ausente.

Emilia Alonso et al (eds.), La lingüística francesa: gramática, historia, epistemología, Tomo II, Sevilla, 1996

¿Qué variables están interviniendo en la comunicación para que puedan existir estas situaciones?

Utilizaremos el esquema clásico de Jakobson que, en su sencillez, refleja con claridad la realidad esencial de la pareja emisor-receptor, o sea, la comunicación es la transmisión de un mensaje sucesivamente codificado y descodificado, para lo cual ambos actores han de poseer en común el código y el contexto necesario para esa codificación y descodificación.

Pero esa posesión en común del código y el contexto no siempre es total, muy al contrario, por lo general es parcial, lo cual hace necesario un elemento ajeno a los anteriores para que reequilibre el proceso comunicativo.

Y esta complejidad, rompe la aparente linealidad emisor-mensaje-receptor porque al dar carta de naturaleza al receptor, incorpora la variable de comprensión del mensaje por parte de este último, variable que puede conllevar la existencia de otros lenguajes (el gesto, la mímica, la entonación, el espacio interindividual y cultural...) y de otros actores (el traductor que colabora situando conceptos y palabras en el ámbito del receptor).

Pero, como sabemos, la variable de comprensión del mensaje por parte del receptor es, valga la redundancia, variable, es decir, es específica en cada caso, en cada mensaje, en cada situación comunicativa; puede ir desde el todo hasta la nada, pasando como es lógico por diversos estados intermedios.

Sin meternos en demasiadas complicaciones se podría decir que la variable de comprensión del receptor es inversamente proporcional a la necesidad de traducción (cuanto menos comprende el receptor, más necesidad de traducción hay, y viceversa, cuanto más comprende el receptor menos necesidad de traducción). En los límites de estas situaciones están los dos casos extremos: que el receptor no comprenda nada -por tanto la necesidad de traducción es toda- o que el receptor comprenda todo y la necesidad de traducción sea nula; y en el amplio espacio intermedio encontramos los casos en que el receptor entiende poco (necesitará mucha traducción) o entiende mucho (necesitará poca traducción).

Pero ese todo, mucho, poco, nada no se refieren, como anteriormente decíamos, únicamente al código que ambos comparten, no comparten o comparten en parte, sino también al contexto, entendiendo por ello las variables socio-culturales que separan o podrían separar un emisor dado de un receptor dado.

Y la mayor o menor envergadura de estas variables espacio-temporales son las que nos pueden permitir responder a la interrogante que antes nos planteábamos sobre una situación hipotética y ficticia. Si Babel no hubiera existido, ¿todos nos entenderíamos por igual, o las variables espacio-temporales influirían modificando significados dentro de una misma lengua, de modo que seguiría siendo necesaria de alguna manera la traducción?

Si Babel no hubiera existido, ¿podrían entenderse totalmente, por ejemplo, un emisor de una tribu amazónica con un receptor de la Europa comunitaria, cada uno en su aquí y ahora, aun utilizando el mismo código? O, poniéndolo más fácil, ¿podrían haberse entendido un colonizador español con un indígena americano?, ¿podrían entenderse un emisor renacentista con un receptor no euclidiano?

Emilia Alonso et al (eds.), La lingüística francesa: gramática, historia, epistemología, Tomo II, Sevilla, 1996

Probablemente, y en según qué situaciones, no, porque la distancia espacio-temporal, el peso de las peculiaridades socio-culturales no podrían superarse con sólo un único código, un único lenguaje, matizado, condicionado por su aquí y ahora (se me plantea, sin ir más lejos, la existencia versus inexistencia de ciertas palabras y conceptos en cada franja espacio-temporal, o la abundancia versus escasez de otros).

¿Cómo podría resolverse? Con una hipotética tercera persona que tendría que disponer de las claves de ambos códigos y contextos, de una tercera persona capaz de reequilibrar la distancia espacio-temporal y el peso de las peculiaridades socio-culturales, capaz de cubrir los huecos de ese código común, pero distinto.

Una tercera persona, un traductor cuya tarea sería la de resolver esas hipotéticas perturbaciones comunicativas.

Un traductor, en definitiva, que sabiendo lo que une y lo que separa emisor y receptor, lo que falta y lo que sobra de su código, tienda ese puente más o menos largo, más o menos amplio para que la comunicación llegue a su fin, para que sea comprendida.

No vamos a entrar en el detalle de cuánto tiene que aportar ese traductor en cada acto comunicativo, porque eso ya ha sido objeto de otra comunicación mía anterior. Sólo quisiera apuntar, porque tendré que mencionarlo más adelante, que establezco cuatro categorías:

Primera: cuando la comunicación no requiere traducción ya que la comunicación se logra sin necesidad de intermediario: ambos, emisor y receptor comparten totalmente código y contexto.

Segunda: cuando la comunicación requiere poca traducción, situación en la que, por lo general, el receptor y el emisor en contacto pueden ir traduciéndose a sí mismos hasta conseguir la comunicación total. En ese caso compartirían mucho código y contexto.

Tercera: cuando la comunicación requiere mucha traducción, situación en la que se necesitaría una tercera persona, un traductor pero, al compartir emisor y receptor código y contexto, aunque sea poco, la intervención del traductor, aun teniendo que ser mucha, no tendría que ser total. Bastaría con lo que yo llamo un traductor no experto.

Cuarta: cuando la comunicación requiere traducción total porque emisor y receptor no comparten en absoluto, nada, ni el código ni el contexto. En este caso se necesitaría una tercera persona que conociera totalmente ambos códigos y ambos contextos, que es lo que yo llamo un traductor experto.

Y ahora es cuando hemos de retomar la segunda interrogante inicialmente planteada, o sea, la multiplicidad de lenguajes entre personas ocupadas en un quehacer comúnmente conocido ¿necesariamente supone el fracaso del mismo?

Interrogante que es la contrapartida de la anterior: si en el supuesto hipotético de que Babel no se hubiera producido, contaríamos con que todos los hablantes del mundo compartirían el mismo código, el mismo lenguaje, aunque no compartieran el contexto; en este supuesto en absoluto comparten el código, el lenguaje, pero sí, al menos en parte, comparten el contexto, ya que se están dedicando a una tarea común.

Y toda tarea común implica, entre otras cosas, una serie de actividades reiteradas y conocidas de antemano, una suerte de «ritualización» que permite

Emilia Alonso et al (eds.), La lingüística francesa: gramática, historia, epistemología, Tomo II, Sevilla, 1996

que, de alguna manera, esas actividades vayan por sí solas solas, porque se sobreentienden, se presuponen.

Pues bien, esas actividades, unificadas por su finalidad, por el objetivo que las orienta, pueden ser elementales (para cosechar hay que haber sembrado, para construir un edificio, una torre de Babel, hay que proceder con una cierta rutina de prelaciones, para cocer hay que disponer de fuego, etc.) o más sofisticadas (una cuenta de resultados siempre se deriva de similares conceptos contables, la fabricación de un artículo pasa por unas determinadas fases, etc.), y podrían ser identificadas con el contexto, es decir, al margen de las palabras, al margen de las culturas, al margen de las ubicaciones, en tareas comunes, hay actividades comunes, que unificarían, aunque sólo fuera en ese único punto, a los actores del proceso.

Y, en estos casos, la comunicación pasa por encima de los códigos entendidos como lenguas: una enfermera no le daría un lápiz a un cirujano, ni un peón elaboraría una masa de hojaldre para el albañil.

¿La comunicación sería total? No, pero existiría. Habría que matizarla, que ayudarla, para que fuera más eficaz, más inmediata, más completa.

La necesidad de traducción podría ser cuantificada como en el caso anterior, en toda, mucha, poca y nada, pero ahora el traductor tendría que disponer sobre todo de ambos códigos, de ambos lenguajes, porque el contexto está compartido por emisor y receptor.

Y esta situación no es ajena a la enseñanza o a la práctica de los idiomas cuando se trata de fines específicos. Dos ingenieros se acaban comprendiendo aunque hablen distintas lenguas porque comparten un mismo contexto, dos directores de filiales geográficamente distante de una multinacional se entienden porque su objetivo es el mismo.

Pero esto no exime, claro, del conocimiento de las otras lenguas o, en su defecto, de la traducción para matizar y aquilatar los conceptos comunicados y para comunicarse aquellas tareas comunes que, al no ser rutinarias, no caben en un mismo contexto.

En definitiva, y volviendo a la Torre de Babel que originó esta disquisición, la traducción forma parte del proceso comunicativo, ya sea interlenguas o entre lenguas porque la total comprensión de un mensaje dado por parte de cualquier receptor es probabilísticamente muy pequeña. En la mayoría de los casos existirán, bien desequilibrios de código, bien desequilibrios de contexto generados por la distancia espacio-temporal, por las peculiaridades socio-culturales que requerirán, para ciertos receptores, una traducción.

Esta traducción, como ya hemos apuntado anteriormente, no necesariamente implica una tercera persona con dominio tanto de los dos códigos como de los dos contextos. En función del mayor o menor grado en que emisor y receptor comparten código y contexto, podrá tratarse, bien de uno o de los dos actores que matice y clarifique, es decir, que «traduzca», bien de una tercera persona no experta (entendiendo como no experto el que no necesariamente dispone en su totalidad de ambos códigos y/o de ambos contextos) o un traductor experto que sí debe poseer totalmente ambos códigos y contextos.

Pero, además de esta reflexión sobre la necesidad de traducción en todos los ámbitos de la comunicación y la variable cuantificación de esta traducción

Emilia Alonso et al (eds.), La lingüística francesa: gramática, historia, epistemología, Tomo II, Sevilla, 1996

según los actos comunicativos, la metáfora de Babel me ha sugerido otras preguntas que no he podido desarrollar aquí y que planteo a modo de final, como sugerencias de reflexión.

Así, la naturalidad versus la falta de naturalidad con la que existen en ciertos aquís y ahoras varias lenguas. Por ejemplo en el Paraguay actual (un país de reducidas dimensiones), existe un bilingüismo oficial castellano/guaraní, y coexisten, en la zona del Chaco, además, el alemán, el dialecto (así llaman a un dialecto alto-alemán que hablan los menonitas) y el ruso.

Sin embargo en Estados Unidos, donde quizá convivan la mayor diversidad de idiomas del planeta, la realidad de bilingüismo es insignificante.

Esto nos plantea la capacidad de contagio o de no contaminación de unas lenguas frente a otras, el problema de las babeles institucionalizadas y las babeles ocultas, clandestinas, de los lenguajes crípticos, defensivos, en cualquier nivel de actividad humana o de los lenguajes permeables, abiertos a todo tipo de influencia, de intromisión, o el de las babeles deseadas frente a las babeles rechazadas. Todo ello relacionado sin duda con el papel del poder en el mantenimiento o aniquilación de ciertas lenguas frente a otras.

En fin, para terminar. Si Babel, la confusión de las lenguas, nos llevó a reflexionar sobre determinados problemas de la traducción, nos queda una última pregunta ¿Llegará Pentecostés?

BIBLIOGRAFIA

BATESON, O y otros (1982): *La nueva comunicación,* Madrid. Kairós.

BATESON, O (1984): *La nature et la pensée,* París. Seuil.

BERTONE, L. (1989): *En torno de Babel. Estrategias de la interpretación simultánea,* Buenos Aires. Hachette.

Biblia de Jerusalén (1976). Bilbao, Desclée de Brouwer.

CHRESTIEN, M. (1970): «Une étude sur les degrès de traduisibilité», *Traduire* 65, 11-14.

GOUADEC, D. (1991): «Points de vue sur la traduction technique» en *La traduction littéraire, scientifique et technique,* París, Le Tilu, 87-100.

HALL, E.T. (1984): *Le langage silencieux,* París, Seuil.

JAKOBSON. R (1974): *Fundamentos del lenguaje,* Madrid. Ayuso.

JAKOBSON. R (1984): *Ensayos de lingüística general,* Barcelona, Ariel.

LEDERER, M. y D. SELESKOVITCH (1984): *Interpréter pour traduire,* París, Didier.

MESCHONNIC, H. (1985): «L'atelier de Babel» en *Les tours de Babel,* Mauzevin Trans-Europ-Repress, 15-34.

MOLINER, M. (1983): *Diccionario de uso del español,* Madrid. Gredos.

MORRIS, Ch. (1985): *Fundamentos de la teoría de los signos,* Barcelona. Paidós.

SERRE, M. (1969): *Hermès I. La communication,* Paris. Minuit.

SERRE, M. (1974): *Hermès III, La traduction,* París, Minuit.

STEINER, G. (1980): *Después de Babel,* Madrid. Fondo de Cultura Económica.

WATZLAWICK, M. (1978): *La réalité de la réalité, Confusion, désinformation, communication,* París. Seuil.

WATZLAWICK, M. y otros (1989): *Teoría de la comunicación humana,* Barcelona, Herder.

Emilia Alonso et al (eds.), La lingüística francesa: gramática, historia, epistemología, Tomo II, Sevilla, 1996